

UN PERIODISTA SINGULAR

LINO SUTIL

Callada y retiradamente, como había vivido sus últimos diez años, se nos fué de esta vida, el pasado mes de setiembre, uno de nuestros periodistas de personalidad y estilo más definidos, Rafael Silva ("Lino Sutil").

Podría a primera vista parecer poco trascendente, —al menos en el campo de las letras—, el valor y la personalidad de quien se haya distinguido fundamentalmente como periodista. Y ciertamente la época presente da sobrado motivo para que, —hablando en general—, la pluma de los llamados periodistas merezca en los ambientes culturales y literarios una dolorosa subestimación, y aun a veces una dolorosa postergación: Es cierto que la organización y desarrollo de la prensa diaria moderna, apoyada en los múltiples medios actuales de información y de técnica, ha logrado una importancia, un poder, y en ocasiones hasta un prestigio, que antes jamás se conocieron.

Pero es un hecho, manifiestamente innegable, que así como el diarismo moderno ha crecido en extensión, rapidez y técnica, así también ha perdido mucho en cuanto al valor específico profundo, cultural y literario de sus páginas. Todavía durante no pocos años del presente siglo, —y nada digamos de los finales del pasado—, el trabajo asiduo y consciente de no pocos periodistas, colocó a éstos en un plano de envidiable reputación y prestigio como escritores. Podría formarse, sin gran dificultad, toda una galería de escritores insignes casi exclusivamente dentro del campo de la prensa diaria. Se han hecho ya clásicos, por no citar sino unos pocos, los nombres de Larra, de Veuillot, de Chesterton, de F. Barrat, etc.; escritores éstos cuya fama literaria descansaría holgadamente sólo sobre su estupenda labor en las páginas de los diarios. Aun aquí en nuestro medio, los ejemplos no escasean. Pero vemos con tristeza que la generación de periodistas de cierta

altura y prestigio literario, va quedando con sus filas muy claras y casi desiertas, mientras el presente nos muestra muy escasos sustitutos con igual o semejante capacidad y preparación.

Una vez más, como en tantas otras, nos vamos encontrando con lo insustituible, —o por lo menos insustituída—, labor de forja que llevó a cabo en nuestra cultura literaria la gran revista "El Cojo Ilustrado". Casi sin excepción, todo escritor que pasó en su juventud y aprendizaje por aquella fragua y por aquel yunque, bajo la austera y responsable mirada de Herrera Irigoyen, resultó algo en su respectiva afición literaria, fuese ésta poesía, o cuanto, o ensayo, o crítica. Hemos estado viviendo, durante no pocos años de los restos de aquella abundante promoción de escritores. Cada año que pasa se nos lleva ahora alguna de las poquitas unidades que aún nos quedan. Y entre los periodistas con estilo propio, con formación literaria definida, provenientes de "El Cojo", recordamos ahora tres nombres sobresalientes que ya se nos fueron: Juan J. Churrión, Leoncio Martínez y el último "Lino Sutil".

Rafael Silva, como tantos otros periodistas de su generación, y anteriores, desembozó en periodista después de haberse forjado como escritor; o sea después de haber compuesto y publicado escritos que sufrieron poda, corrección y pulimento, y después de haber por este medio logrado ya un cierto estilo en ciernes, y una cierta ductilidad y preparación para poder abordar más tarde la labor premiosa o festinada del diarismo batallador e incesante. La gran falla de muchos de los llamados periodistas de nuestros días quizá radica precisamente en que han seguido un procedimiento inverso: empiezan lanzándose a escribir, —con pocas claras ideas en la cabeza, y con harta poca gramática en la punta de la pluma—, en periódicos que ha de leer el gran público; cuando lo racional y responsable fuera ve-

nir a anclar en la labor diarista tras de la formativa experiencia en escritos de menos trascendencia, máxime aquí en nuestro medio donde aún no contamos con una escuela de periodismo profesional.

En 1899 Silva ganaba honradamente su vida en Valencia trabajando con prestigio en una oficina de teléfonos. (1). Años antes había pasado un par de cursos como universitario de la carrera de medicina, y ejercitado también, —según él mismo lo ha referido en alguno de sus escritos,— la profesión de farmacéutico (no sabemos si hechos los correspondientes estudios). El 14 de setiembre de 1899 el General Cipriano Castro que venía triunfante desde los Andés al frente de la Revolución Restauradora, da en Tocuyito (a unos 15 kilómetros al suroeste de Valencia) la importante batalla que le aseguraba casi el triunfo sobre toda la nación. Caliente aún la tierra con el fragor de la encarnizada lucha, Silva se acercó a Tocuyito a ver los efectos de la batalla. El espectáculo era crudo e impresionante: heridos, sangre, cadáveres, desolación. . . . Ante aquel cuadro, Silva concibe su primer ensayo de libro, acertadamente titulado "**Del Natural. Acuarelas**". Un librito que era casi un folleto, "hermoso poemita en prosa que nos habla de la guerra, de las cosas feas de la guerra, no en estilo declamatorio sino con luminosas pinceladas de acuarela", según lo consideraba "El Cojo Ilustrado"; y añadía que aquel escrito era arte nacional y su autor un artista venezolano de veras.

La favorable aceptación que la crítica dispensó a ese librito, fué ocasión de que su

(1)—Rafael Silva nació en el pueblo de El Baúl, de los llanos del Estado Cojedes. No sabemos exactamente en qué año. En sus años juveniles llegó a cursar los primeros estudios universitarios. Dedicado luego al trabajo, empezó también a escribir y a publicar. Dió a la imprenta: "**Del Natural. Acuarelas**", Valencia, 1899; "Cuentos de cristal", Tip. J. M. Herrera Irigoyen y Cia. Caracas, 1901, 69 p.; "**Nieve y Sol**", Emp. El Cojo, Caracas, 1910, 178 p. (Nota a los bibliógrafos: este libro tiene en el pie de imprenta de la carátula exterior la fecha 1911, y en la interior la de 1910). En esta última obra se anunciaban para publicarse los siguientes libros: "**Pan y Carne**" (Costumbres venezolanas), "**Guelfos y Gibelinos**" (Crítica política) y "**Cándida Rosa**" (Novelín). Pero ninguno de ellos llegó a imprimirse. Desde la fundación de El Universal, de Caracas, en 1908, Silva "Lino Sutil" fué colaborador constante de sus páginas. Puede decirse que estaba Silva con la pluma en la mano, cuando lo sorprendió la muerte en setiembre de este año 1946. (O.E.P.D.)

autor pasados unos pocos años fuese llamado a colaborar en el periódico "La Restauración Liberal", de Caracas. En sus páginas fueron apareciendo crónicas que Silva firmaba con el seudónimo de "Alonso Quijano" primero, y luego "Raúl Sanoja". (2).

En 1901 publica un lindo librito, de formato menor y apenas setenta páginas de texto, titulado "**Cuentos de cristal**". Son doce cuentos, casi narraciones, en general muy breves; todos ellos de fondo amoroso y tono romántico, que se leen con rápido y crecido interés. Son a manera de parábolas de amor, que concluyen con una moraleja personal. Están escritas en una prosa exquisitamente pulida, hasta casi un poco rebuscada, aunque por lo rápida y breve no llega a empalagar. Los cuentos titulados "Regalo de bodas" (brevisimo) y "Fatalidad" están llenos de vida, pero también llenos de amarga tragedia. "Mendigo" es uno de lo mejor contados, pero de final áspero. "Poema", que alcanza dos páginas, es un relato precioso. Pero la joya verdadera de toda la colección es "La corona de lirios". Cuenta el amor fiel del pobre peón Mauricio hacia la fina joven Amelia, muerta tísica en temprana edad. Este cuento además se desarrolla en ambiente y paisaje criollos, captados con acierto y moderación.

Aunque interrumpiendo un poco el orden cronológico, adelantemos aquí el comentario al tercero de los libros que Silva llegó a dar a la imprenta. Se titula "**Nieve y Sol**". Es un puñado de crónicas de carácter literario, hechas de encargo, (dice el autor en el Prólogo), y escritas la mayor parte en Francia en la época en que desempeñaba el Consulado de Venezuela en Saint Nazaire. Adelantando posibles críticas, el autor califica estas crónicas como cosa de poco fuste, y las declara escritas sin reparar mucho en la forma y sin meditar mucho en el fondo. Leído el libro sin prejuicios, puede decirse que Silva se mostró un padre excesivamente severo con su hijo literario. "**Nieve y Sol**" son crónicas ligeras, de tono muy subjetivo a veces, pero en general atinadas y siempre interesantes. Ellas solas no habrían contribuido a crearle una reputación literaria a su autor, pero es justo recordar que con percales bastante más pobres andan vestidos en nuestros días numerosos pretendientes al renombre de ensayistas y de críticos! Las páginas de "**Nieve y Sol**" acentúan más y más una de las caracterís-

(2)—Cfr. Boletín de la Biblioteca Nacional, de este año 1946. (O.E.P.D.)

ticas del estilo de Silva: la rapidez y vivacidad en las transiciones, junto con cierta personalísima manera de combinar un fino buen humor con veladas muestras de desengaño. En contraste con sus buenas cualidades, la pureza del estilo ha sufrido el excesivo contagio de los escritos franceses que el autor había ido ingiriendo. Por una simple casualidad literaria el ejemplar de "Nieve y Sol" que poseemos, comprado al acaso en una librería de segunda mano, debió pertenecer a algún moderno "Baralt" o purista de nuestra lengua, quien en muchas de las páginas había ido señalando, con innegable acierto, frecuentes expresiones galicadas, algunas de violenta disonancia. Pero, afortunadamente pronto Silva, ya de vuelta en su patria, logró librarse poco a poco de aquella perniciosa influencia. Aunque por un tiempo tuvo que escuchar más de una crítica mordaz con que sus émulos de labores periodísticas quisieron detener su popularidad e inmensa actualidad.

Otros tres libros que Silva anunciaba preparados para la publicación, infortunadamente no llegaron nunca a las prensas. Y sobre todo uno de ellos, el que se titularía "Pan y Carne" es lamentable que no se imprimiera, pues era de género costumbrista, para el cual Silva probó siempre tener excepcional aptitud. Aun sin la publicación de dicho libro, bastan numerosos artículos suyos aparecidos en los diarios para que con toda justicia deba considerársele como uno de nuestros auténticos costumbristas, y para que su nombre empiece de una vez a figurar en nuestras antologías de dicho género.

Y hecha hasta aquí la revisión de orden propiamente crítico - bibliográfico, quedamos hacer ahora algunas observaciones con respecto al **periodismo** de "Lino Sutil".

Ya lo vimos más arriba venir de la provincia al ser expresamente solicitado para incorporarse a un diario capitalino. Pasados los años de vida en Francia, ocurre — a su regreso a Caracas, — la fundación del actual diario "El Universal" el 1º de abril de 1908. Durante más de treinta y seis años, o sea hasta su muerte, "Lino Sutil" será un colaborador incesante y casi insustituible de este importante vocero nacional. Casi siempre usando ese popular seudónimo de "Lino Sutil" o simplemente las iniciales del mismo; y durante un tormentoso período político usando los nombres de "Ego" y "X", Silva

creó una inmensa literatura periodística con sus inimitables e inconfundibles crónicas que un tiempo se llamaron "Frivolidades", y otro "Entre col y col", y otro "Puntos de vista", y a veces aparecieron sin cabezal propio.

Cuando "Lino Sutil" entró de lleno en el periodismo, ya era un escritor adiestrado en el manejo de la frase y en la estructura de la composición. No en vano había recibido decisiva preparación al lado del mejor forjador de escritores nacionales Don Jesús Ma. Herrera Irigoyen, "El Tirano" como cariñosamente le llamaban sus discípulos. Y el mismo Silva reconocía agradecido en crónica de hace algunos años que en la casa de "El Cojo" él llegó a ser "un consentido".

Pero aquella preparación y aquel adiestramiento cayeron sobre una naturaleza apta para el trabajo en perspectiva. Lo cual es algo indispensable para que la obra literaria fructifique y se expanda con caracteres propios y dignos. La naturaleza de Silva gozaba de cualidades indispensables y por ende casi insustituibles para la labor periodística. Y a fe que supo utilizarlas, y explotarlas. Pero lo hacía con la espontánea facilidad de quien maneja un instrumento que le es muy familiar.

Por algunos datos biográficos que conocemos, y sobre todo por lo que se desprende de sus copiosos artículos periodísticos, queda claro que Silva no poseyó una cultura muy extensa y menos aún muy profunda. Había, sí, leído mucho, sobre todo libros españoles y franceses. Casi siempre sus autores eran selectos; y de la literatura española tenía un conocimiento extenso y seleccionado. Pero a esa abundancia de escogidas lecturas faltó siempre una base de formación filosófica y de principios claros y sólidos que metodizase y disciplinase sus ideas. Todavía recordamos a este propósito la frase espontánea y de admiración con que cierta vez respondió a un muy sincero amigo suyo que tenía autoridad moral e intelectual para aconsejarlo en materia de ideas, y que le recomendaba tener ideas o principios fijos: "Ah, ¿pero usted puede tener principios fijos?", le respondió Silva conternado!

Pero esta deficiencia de fondo, la suplía en parte con una dosis muy intensa de sentido común. Esto era lo que lo salvaba muchas veces cuando se ponía a escribir de materias en las que era indispensable un criterio solidamente formado.

Su gran sentido común, y su incuestionable recta intención y sinceridad humana, lograban que aun en los casos en que opinaba erróneamente, se le leyera no con acrimonia sino con benevolencia. Por otra parte, fué siempre manifiesto su deseo de orientar y hasta de moralizar por medio de sus salerosos comentarios. Y lo hacía sin miedos ni cortapisas. A veces hasta empuñaba el azote, no con ira inmoderada, pero sí con resolución; aunque nunca dejaba de lado el condimento de su inimitable y oportuno gracejo y buen humor criollo.

No podía considerársele como maestro cuyo criterio sirviese para orientar siempre, sobre todo en cuestiones donde son indispensables los principios claros y seguros. Pero podía tenerse por seguro que "Lino Sutil" si no acertaba en la manera de enfocar o de solucionar el caso, por lo menos en el fondo de su actitud estaba siempre del lado de lo correcto y de lo ético. Y esto lo hacía a cara descubierta; no a la manera hoy en moda entre numerosos periodistas laicos que ántes de defender un principio sano hacen mil miedosos protestas de no querer sentar cátedra de moralidad ni de conservatismo.

"Lino Sutil" era ágil y rápido para seguir el pulso de la vida cívica; y como buen llanero sabía enlazar al vuelo, — y en la forma perfecta: "cacho y quijado" —, los temas que requerían un oportuno comentario; y hacerle éste en forma viva, atroyente y personalísima. Fuese cual fuese el tema, a Silva se le leía con agrado siempre; aun cuando se equivocaba. Tenía un gran sentido humano; si denunciaba, urgía o reclamaba una cosa, procuraba hacerlo más bien con cosquillas y sonrisas, que no con pellizcos y gritos destemplados. Por eso tendría émulos o envidiosos de su nombre, pero no creemos que tenía enemigos por el mero hecho de sus siempre festivas crónicas.

Poseyó auténtica personalidad periodística. Y se había formado un estilo único y también personalísimo. Muerto "Lino Sutil" no creemos exista actualmente periodista de estilo tan definido e inconfundible. Quien lo hubiera leído con alguna persistencia, podía reconocer inmediatamente cualquier escrito suyo aun sin verle la firma.

Siempre que escribía, tenía algo que decir. Y lo sabía decir literariamente bien, con interés y con gran sentido humano, y como nadie más lo decía.

Era su estilo correcto, fácil, a veces ligeramente galicado; siempre vivaz y juguetón. Y, por sobre todo, densamente criollista, no tanto en el empleo del término local, cuanto en la manera muy venezolana de expresarse, popular sin chabacanería, y con un simpiterno dejo de "guachafita" moderada. No era populachero, pero tampoco académico de cuello duro. En sus últimos años sobre todo manejaba con extraordinaria facilidad, sin exageración, el jugusteo con palabras de sonido semejante. Un ejemplo: en una de sus últimas crónicas, refiriéndose a un grupo de muchachones ociosos que se dedicaban a robar la fruta ajena, decía que en vez de andar con eso por los jardines de Sabana Grande, debían ser enviados a haber algo más útil en la Gran Sabana!

Las frases hechas y los refranes los actualizaba y criollizaba con suma habilidad. Y hasta las locuciones de moda popular, las sabía dignificar. Todavía recordamos que cuando la invasión de los "¿qué le dijo?", fué precisamente la época de la venida a Caracas de ese gran mago del violín Yehudi Menuhin, artista de tan profundo sentimiento. En la reseña emocionada que "Sutil" escribió al día siguiente del concierto, terminaba con este oportuno rasgo: "¿Qué le dijo el violín a Menuhin?. Chico: tú sí haces de tripas corazón!"

Había momentos cuando en una simple crónica Silva debaja asomar un poco, sin alardes, su capacidad para escribir en tono poético, casi clásico por lo sereno, siempre dentro de su estilo peculiar; y entonces era un maestro de buen decir. Tenemos anotados numerosos ejemplos de ello en multitud de crónicas diversas. Pero muy a nuestro pesar hemos de omitir toda cita, para no alargar excesivamente este ya largo comentario. Baste decir que la última cuartilla que publicó antes de su muerte es una viñeta literaria, elegiaca, en el cuarto aniversario de la muerte de un gran amigo suyo, el celoso Padre Odriozola (3). Literariamente, aquello es una pieza de antología. Y como modelo también de antología ha incluido justiciaramente Mario Briceño Iragorry en su selec-

(3)—Silva fué un asiduo y desinteresado colaborador, como Secretario del Concejo Municipal, en la obra meritísima que el Padre Jesuita Martín Odriozola llevaba a cabo arreglando y bendiciendo matrimonios de gente pobre que vivía en mal estado en los

ción de "Lecturas Venezolanas" la bellísima descripción "Pajarera de bambú" (4).

Y todavía nos quedaría por decir no poco de la labor crícticoperiodística de "Lino Sutil" como cronista de teatro, ópera y conciertos. Era un apasionado de la escena; de todo lo que fuera arte grande y digno. Su palabra de elogio y de estímulo estuvo siempre a tiempo ante la actuación de compañías y de artistas. Tenía amplia práctica para juzgar de tales espectáculos. Y su criterio, desde el punto de vista técnico y artístico, en materia de escena, sabía aquilatar valores y censurar medianías. A la mañana siguiente del estreno en nuestro Teatro Municipal de la inmortal obra de Pemón "**El Divino Impaciente**", "Lino Sutil" al reseñar el acto mostró, como tantas otras veces su fino gusto literario, insertando como ejemplo del mérito de la obra, aquel monólogo de sublime sencillez en el que Ignacio se despidió de Javier. ¡Quien atinadamente vislumbró perla tan fina, demostró al mis-

barrios más abandonados de la ciudad. Como la estúpida y desgraciada Ley civil no permite recibir un sacramento católico sin llenar antes un totalitario permiso civil. Silva se prestó siempre a ir donde quiera, sin remuneración alguna, a casar por el civil, para que el Padre Odriozola pudiese luego hacer la ceremonia religiosa de aquella pobre gente. Así tuvo Silva continua oportunidad para admirar el abnegado y constante celo del mencionado Padre Odriozola.

mo tiempo que sabía bien lo que traía entre manos!

Tal vez algunas de las observaciones que hemos acumulado puedan a alguno parecer pequeñeces; y que sólo esos datos no acreditan a Rafael Silva como escritor de gran importancia. Pero adviértase que los rasgos que hemos señalado de positivo mérito literario no se limitan a tal o cual escrito aislado, sino que son la constante determinativa de un trabajo apenas interrumpido durante casi medio siglo. El peso masivo de esa obra; el tono lleno de frescura, lozanía e interés que toda ella conserva, hasta en sus páginas finales; el dominio y ductilidad que se advierte en su redacción, todos estos y otros motivos acumulados, reclaman imperativamente para el autor de tanta crónica sabrosa y atinada, de tanto comentario oportuno y artístico, un merecido puesto entre los nombres de nuestros distinguidos escritores. Son no pocas entre nosotros las "nullidades engreídas" que pueden ensayar una mirada de desdén hacia la obra literaria de "Lino Sutil". Que intenten óntes acercársele, medirla, y luego ¡traten de sobrepasarla... si pueden!

(4)—Cfr. *Lecturas Venezolanas*, selección y notas de Mario Briceño Iragorry, 4a edición, C. A. Editorial "Las Novedades", Caracas, 1945, pp. 198-199. colaborador, como Secretario del Concejo Na-

Pedro P. Barnola, S. J.